

PALOMARES

El día 17 de enero de 1966 fue un lunes negro para Palomares, una aldea almeriense próxima al Mediterráneo. En aquella mañana dos aviones militares norteamericanos, un B-52 y el avión nodriza que lo abastecía de combustible en pleno vuelo, chocaron entre sí y cayeron a tierra en medio de una gigantesca bola de fuego. De las cuatro bombas atómicas de hidrógeno que portaba el B-52, dos se rompieron al estrellarse violentamente contra el suelo, lo que provocó una grave contaminación de uranio y plutonio. ¿ Qué consecuencias tuvo para la población ? Según el embajador de los Estados Unidos en España, este accidente nuclear habría traído consigo la modernización de toda esa comarca almeriense: "estos pueblos eran desconocidos y hoy tienen fama universal. (...) Sí, en efecto, probablemente hemos metido a esas gentes...en el tiempo, en nuestro tiempo...en un tiempo de bombas atómicas " (diario **Arriba**, órgano del Movimiento Nacional, 3-4-66). Más modesto en su análisis que el embajador USA, pero con no menor desenvoltura, un periodista llegó a escribir que el accidente " ancla firmemente a la región (?) de Palomares en el mapa turístico de España " (**Arriba**, 10-3-66).

En 1968 Isabel Alvarez de Toledo y Maura, Duquesa de Medina Sidonia, escribió un libro sobre Palomares donde, por una parte, reconstruía unos hechos en buena medida desconocidos para la opinión pública española, sometida entonces a lo que la autora llama con acierto el " silencio impuesto " y " la mentira oficial ", y por otra, denunciaba la precaria situación sanitaria y económica de los campesinos y pescadores de la zona contaminada. Mutilado el texto por la censura de la época, llamada eufemísticamente " consulta previa ", y relegado después por el olvido del pasado reciente que caracterizó la transición, este valioso manuscrito seguía inédito hasta ahora. Han pasado ya 35 años desde aquel trágico accidente, y muchas cosas han cambiado desde entonces, tanto en España como en el mundo. Carecía de sentido condenar al silencio estas páginas que no sólo contienen un testimonio de primera mano sobre el caso Palomares, sino que también desvelan los métodos de manipulación política de la información propios de una dictadura, al reproducirse ahora, subrayado, el texto objeto de censura.

Al principio, la consigna oficial fue negar toda peligrosidad derivada del accidente. Cuando se rescató del mar la cuarta bomba, los técnicos norteamericanos reconocieron sin embargo, a toro pasado, la destrucción apocalíptica que se habría producido en el caso de haberse provocado una reacción en cadena de alguna de ellas: " el paisaje se hubiera transformado en algo muy parecido a un cráter lunar, en un radio de 15 kilómetros. Palomares, Villaricos, Mojácar, Cuevas de Almanzora, Vera y Garrucha hubieran quedado completamente arrasadas y sin ningún vestigio de vida animal o vegetal. Más de 60.000 muertos. Y la lluvia radiactiva hubiera caído en una extensión mínima de 800 kilómetros cuadrados " (**Alcázar**, 4-5-66 y **Pueblo**, 12-10-67). Como anota la autora, los 24 megatones de la bomba recuperada del mar " suponían una potencia cinco mil veces superior a la de aquella modesta bomba que destruyó Hiroshima ". Desde hace años, se sabe que la contaminación radiactiva registrada en Palomares fue la más grave contaminación de plutonio registrada hasta entonces en el mundo.

El dramatismo del accidente de Palomares se agravó hasta límites inconcebibles por la ignorancia de los vecinos del pueblo que, durante demasiados días, no fueron advertidos del grave riesgo que corrían por el material nuclear derramado al fragmentarse

las bombas. Isabel Alvarez de Toledo describe así el comportamiento de los habitantes de Palomares en la tarde de aquel lunes negro: “ Todos los puntos fueron visitados, examinados y estudiados, pero la bomba del tío Pedro constituyó la máxima atracción, por ser la más cercana. A su alrededor había ‘ recuerdos ’ para todos: pedazos de metal anormalmente gruesos, que formaron parte de la cubierta protectora, trozos de la materia desconocida, piezas inidentificables. Los chiquillos jugaban con la ‘ pasta ’. Los mayores trataban de averiguar su composición, cortando trozos a navaja. Quien más, quien menos, sacó un pañuelo del paracaídas. Unos y otros manipularon la bomba H sin miedo ni precaución “. Este triste panorama no cambió, por desgracia, en los días siguientes, ya que la única preocupación del gobierno consistió en evitar la alarma entre la población civil.” La desinformación de los primeros momentos, el baile de banderas, limitando las zonas de riesgo y otros desórdenes, dieron lugar a que los vecinos respirasen miasmas de polvo radiactivo, comiesen frutos y manipulasen objetos, literalmente cubiertos de plutonio”, escribe más adelante.

Ante el peligro real que representaba la contaminación de plutonio en el aire y en la tierra por las dos bombas termonucleares reventadas en suelo almeriense, ¿ qué respuesta dieron las autoridades franquistas? Veamos algunas perlas entresacadas del libro. El jefe provincial de sanidad afirmaba que “ no existe el menor riesgo para nadie, sin que se haya dado un solo caso de radiactividad “ (**Madrid**, 25-1-66). Por su parte, el alcalde de Cuevas de Almanzora, de cuyo municipio formaba parte Palomares, contestaba con aplomo: “ ¿ Qué radiactividad ? No hay por qué alarmarse...Lo cierto es que *aquí no ha pasado nada* “ (**YA**, 28-1-66, cursiva mía). Para el director general de promoción turística, Sr. Arespachoga, “ en Palomares había tanta radiactividad como en el Bosque de Bolonia [en París] “ (**Arriba**, 22-2-66). Y Don Manuel Fraga Iribarne, entonces ministro de Información y Turismo, disipaba con su habitual contundencia toda duda razonable: “ Puedo asegurar rotundamente que no hay en la tierra ni en el mar ningún tipo de contaminación “ (**Arriba**, 13-2-66).

Este libro no está formado por una serie de reportajes periodísticos, ni es tampoco producto de gabinete o biblioteca. Surgió de la propia experiencia de la autora en contacto con los habitantes de Palomares, cuya angustia compartió y cuyas justas demandas hizo suyas. Aquella solidaridad trajo consigo su detención por la Guardia Civil en enero de 1967, su inmediato encarcelamiento y la posterior condena por el Tribunal de Orden Público.

Con una estructura literaria similar a la novelística contemporánea, con capítulos breves y párrafos cortos donde una ágil prosa evita todo barroquismo, la autora ha mezclado con habilidad estos diversos elementos: descripción de hechos y escenas, narración de los propios vecinos, referencias frecuentes a las crónicas publicadas en la prensa nacional, crítica a tales informaciones, y reflexiones personales sobre puntos concretos. El testimonio vivo de los vecinos, grabado directamente en magnetofón, constituye una de las aportaciones más originales del libro.

Tampoco aspiran estas páginas a ser un libro de historia, objetivo y desapasionado, pero los futuros historiadores del caso Palomares tendrán que utilizarlo como material de trabajo. El compromiso moral de la autora con los campesinos y pescadores de Palomares y Villaricos no la llevó a desfigurar los hechos en su relato. Cuando no conoce directa o indirectamente un asunto, se muestra moderada en el juicio y cauta en sus conclusiones: así, por ejemplo, respecto al problema central del nivel de contaminación efectiva de los vecinos, al mantenerse secretos los resultados de los análisis técnicos por parte de los responsables norteamericanos y españoles.

Por haberse incluido en el texto los párrafos tachados del manuscrito de 1968, y asimismo los comentarios de la autora al lápiz rojo del censor, sirve también el libro de

interesante muestra de cómo actuaba la censura franquista de la época, más selectiva y hábil en su afán inquisitorial de lo que se suele creer.

A través de numerosos recortes de la prensa nacional, realiza la autora un análisis crítico de ese material informativo resaltando sus frecuentes contradicciones, que se derivaban, en la mayoría de los casos, de las consignas impartidas por el poder político. Pero tras la cortinas de humo, medias verdades y manipulaciones, emerge con fuerza en el libro el rostro anónimo de un pueblo perdido del levante andaluz que no tolera que lo pisoteen más; la amargura de unas gentes, víctimas de la guerra fría, que se sienten abandonadas por las autoridades civiles y militares españolas en sus reclamaciones ante el gobierno de los Estados Unidos.

A Emilio Romero, director del diario **Pueblo**, órgano de los sindicatos verticales franquistas, no le cabía en la cabeza que una duquesa se pusiera al lado del pueblo y apoyara sus reivindicaciones. Además de silenciar que la izquierda europea había contado siempre entre sus miembros con prestigiosos intelectuales de origen aristócrata, como el inglés Bertrand Russell y el italiano Luchino Visconti, ignoraba ese camaleónico periodista que en la propia familia de Isabel había habido un político ilustrado y entusiasta lector de los filósofos enciclopedistas franceses, a saber, D. Pedro de Alcántara Pérez de Guzmán, XIV Duque de Medina Sidonia, y también más tarde un activo opositor a la dictadura de Primo de Rivera, D. Miguel Maura, que llegaría incluso a ser ministro en el primer gobierno de la II República.

La evolución personal de Isabel Alvarez de Toledo, que en unos años pasaría del círculo elitista madrileño formado por los hijos de la alta aristocracia y de la burguesía financiera a sufrir la cárcel y el exilio, no fue un cambio caprichoso, ocurrido de la noche a la mañana. Se basó, por el contrario, en una transformación capilar propia de una autodidacta que, llena de curiosidad y libre de prejuicios, fue adquiriendo una nueva concepción del mundo, ilustrada y solidaria. Pero serían las huelgas de los jornaleros del Marco de Jerez, en las que colaboró, su proximidad al movimiento universitario en Madrid, los contactos con el movimiento obrero emergente y su experiencia dramática de Palomares, los factores determinantes de su compromiso político contra la dictadura de Franco y a favor de las libertades democráticas. Rebelde, intuitiva y solidaria es como yo la recuerdo; más anarquista que marxista, siempre por libre, en permanente desconfianza hacia todo tipo de organización política.

En los últimos treinta años la Duquesa de Medina Sidonia se ha dedicado con la pasión de siempre a investigar y escribir. Como historiadora, se distingue por la seriedad en el estudio de las fuentes, su rechazo de los tópicos y la formulación de polémicas hipótesis. Destacan entre sus obras históricas los siguientes libros: *Historia de una conjura*, Cádiz, 1985; *No fuimos nosotros*, Niza, 1992; *Alonso Pérez de Guzmán. General de la Invencible*, Cádiz, 1995; y *África versus América. La fuerza del paradigma*, Córdoba, 2000.

Entre su producción novelística, que se distingue por la crítica social, hay que señalar estas obras: *La huelga*, París, 1967; *Mi cárcel*, Nueva York, 1970; *La Base*, París, 1971; *La cacería*, Barcelona, 1977; y *Presente infinito*, Sevilla, 1998. En la protección del patrimonio histórico, destaca su meritorio y esforzadísimo trabajo de redacción, en 20 gruesos volúmenes, del Catálogo del Archivo Ducal de Medina Sidonia, que se encuentra en su palacio de Sanlúcar de Barrameda y que contiene varios millones de documentos, siendo considerado por los estudiosos como uno de los mejores archivos privados de España.

La prensa española de los años 60, una parte de la cual se esforzaba por ampliar el estrecho marco jurídico que limitaba la libertad de expresión, apenas pudo, en algunos honrosos casos, evitar la presión permanente del gobierno, cuyo verdadero objetivo

consistía en ocultar la realidad no sólo a los vecinos de Palomares sino al pueblo español en su conjunto. Por eso hay que elogiar ahora como se merece la honestidad profesional de gran parte de los corresponsales de la prensa extranjera. Entre ellos ocupó un lugar de honor el corresponsal del diario francés **Le Monde**, José Antonio Novais (fallecido en su retiro andaluz de Puerto de Santa María y a quien se le acaba de dedicar una calle en la Ciudad Universitaria de Madrid), cuyas crónicas han llegado a ser imprescindibles para conocer la verdadera historia de la sociedad española en aquellos años de lucha y esperanza. Como amigo desde mi época de estudiante en esos tiempos difíciles, sé por experiencia la dosis de valor añadido, y de humor también, que tuvo que ponerle a su actividad diaria de periodista, por ser español y carecer, a diferencia de sus colegas, del paraguas protector de una embajada extranjera. Otros nombres que deben recordarse también son los de Eva Fournier, corresponsal del diario francés **France Soir**, inteligente y refinada; y Armando Puente, redactor en Madrid de la agencia **France Press**, de nacionalidad argentina, irónico y buen profesional. Gracias a su esfuerzo y al de otros colegas europeos y americanos, el caso Palomares inquietó a la opinión pública internacional, muy sensible a la amenaza permanente de las armas atómicas en poder de las superpotencias.

La bibliografía existente sobre el caso Palomares es muy escasa y prácticamente inaccesible. El año 1967 se publicaron, con una orientación sensacionalista y detectivesca, dos libros en que de forma hábil se eludían los problemas centrales de la contaminación radiactiva entre los vecinos y de las indemnizaciones: Christopher Morris, *El día que perdieron la bomba*, y Tad Szulc, *Las bombas de Palomares*. Pasaron sin pena ni gloria, aunque en el libro de Szulc, antiguo corresponsal del diario norteamericano **The New York Times** en Madrid, se contenga documentación de interés de procedencia norteamericana.

El año 1985 apareció el único libro sobre Palomares publicado por un español hasta esa fecha: Rafael Lorente, *Las bombas de Palomares ayer y hoy*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1985. Pese a que tuvo una distribución deficiente, se agotó pronto; más tarde, desapareció esa editorial y no ha vuelto a reeditarse. Rafael Lorente, diplomático, socialista vinculado al profesor Tierno Galván y buen conocedor de la costa almeriense, fue testigo de excepción del accidente , pues se encontraba el 17 de enero de 1966 en la playa de Mojácar, presenció el choque de los aviones sobre el cielo azul y acudió pronto a Palomares a curiosear, ya que estaba a pocos kilómetros de donde él descansaba. Sus declaraciones al diario **Le Monde** fueron decisivas en la difusión internacional ; ejerció también un papel de aglutinador de diversos grupos y personas de la oposición en torno al caso Palomares. A los dos años del accidente, se quedó ciego; murió en 1990 de cáncer.

Lorente no aceptaba en su libro la versión oficial USA y mantenía, basándose en su observación directa y en la de otros testigos oculares, que fueron tres y no dos los aviones accidentados, dos superbombarderos B-52 y un avión cisterna KC-135, siendo el otro avión cisterna el que dio la señal de alarma. Entre sus conclusiones, daba cuenta de que " en los últimos años, bastantes vecinos de Palomares, que residen allí o en otros sitios, han sido víctimas de cánceres y leucemias, abundando los jóvenes en el conjunto de los afectados". Criticaba a la Junta de Energía Nuclear por su pasividad y denunciaba el protocolo secreto de los acuerdos militares hispano-norteamericanos de 1953 en virtud del cual los aviones USA podían sobrevolar territorio español provistos de armas nucleares. Sobre el problema de fondo, es decir, la población civil indefensa, escribió estas enérgicas palabras: " El Caso Palomares sigue en pie, pese a los casi veinte años transcurridos desde el accidente aéreo, sin que ninguno de los gobiernos que han venido turnándose en el poder se haya dignado hacer suya la causa de un pueblo andaluz, contaminado y

abandonado a su suerte. Tampoco ahora [1985] observamos el más mínimo indicio de interés por parte de quienes hoy gobiernan en España".

En septiembre de 1986 el " Centre d'Anàlisis i Programes Sanitaris" de Barcelona (CAPS) editó un informe titulado " El accidente nuclear de Palomares. 1966-1986 ", que había realizado, a petición de ese municipio almeriense, un grupo de trabajo integrado por Catalina Eibenschutz, Salvador Moncada, Josep Martí y Eduard Rodríguez. En él se reproducía íntegro el informe redactado por el Consejo de Seguridad Nuclear en 1985 sobre la situación en la zona de Palomares afectada por el accidente nuclear, en base a los análisis llevados a cabo desde 1966 a 1983 por la Junta de Energía Nuclear.

Con una metodología crítica en la que se utilizaron las investigaciones y publicaciones científicas internacionales sobre el tema, los autores de este informe analizaban el programa de vigilancia instaurado en Palomares, estudiaban después los riesgos para la salud derivados de la contaminación ambiental por plutonio y americio, y formulaban finalmente diversas conclusiones generales. En un estilo sobrio y descriptivo, el informe del CAPS llama la atención sobre estos hechos: la actuación en la zona, con carácter exclusivo durante los primeros días, del personal de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, sin que hasta la fecha se conozca documentación alguna sobre la primera fase de descontaminación; unas 100 hectáreas no fueron descontaminadas, a pesar de su peligrosidad; parte de la tierra contaminada, junto con residuos altamente radiactivos del personal USA, fue enterrada en un pozo excavado al efecto en la zona; durante los años 1978-1980 se permitió la conversión de anteriores zonas de erial ya contaminadas en nuevas tierras de explotación agrícola, lo que aumentó la contaminación del aire y su posterior dispersión.

Para estos autores, el informe oficial del Consejo de Seguridad Nuclear es " un documento superficial, y con excesivas ambigüedades para que la población de Palomares recupere su confianza en el análisis científico de su problema ". La conclusión principal del informe CAPS contiene una seria advertencia sobre la permanencia del problema: " La contaminación residual por plutonio y americio de la zona de Palomares es un problema de salud pública de máxima importancia, pues se trata de la zona habitada de la Tierra con mayores niveles de contaminación por estos elementos transuránidos ".

El año 1991 la Editorial de la Universidad Complutense de Madrid publicó el texto de una tesis doctoral sobre la contaminación en el área de Palomares, defendida en su Facultad de Ciencias Químicas el 3 de octubre del año anterior. Su autora es Catalina Gascó Leonarte y el título de la investigación es el siguiente: " Estudio de la distribución de plutonio en el ecosistema marino de Palomares después de una descarga accidental de un aerosol de transuránidos ". Dado su carácter científico-técnico, resulta imposible evaluar su calidad por alguien profano en la materia como yo. Entre los hechos que la autora acepta como punto de partida puede citarse éste: hubo explosión de la carga convencional de dos bombas termonucleares que provocaron una contaminación en el aire de uranio y plutonio, "dispersándose por el efecto del fuerte viento reinante en dirección suroeste-noreste y contaminando una extensa zona al depositarse sobre el suelo, plantas y edificaciones". En sus conclusiones, afirma que " el accidente ocurrido en Palomares ha tenido escasa incidencia en el mar". Llama la atención, sin embargo, que, como fruto de su investigación "in situ" mediante un complejo sistema de detección, la contaminación de plutonio registrada en los años 80 enfrente de la desembocadura del río Almanzora sea tres veces superior a la de su entorno marino, como consecuencia, según ella, de los aportes de tierra de ese río" durante la mayor riada ocurrida en 1973", es decir, siete años después del accidente: algo que todos ignorábamos, y que en apariencia contradice la pretendida eliminación de la contaminación radiactiva en tierra

llevada a cabo en 1966. Esta novedad científica plantea evidentemente serias dudas, en las que esta investigadora no entra.

Palomares no puede caer en el olvido. Muchos interrogantes siguen todavía abiertos y muchas responsabilidades, ocultas. Es una página negra en nuestra historia y una severa lección para el futuro. Empezar a conocer mejor este drama colectivo, provocado " en nuestro tiempo... en un tiempo de bombas atómicas", como dijera el embajador USA escurriendo el bulto con tanta elegancia, es uno de los objetivos plenamente logrados de este libro. Incluso si pretendiéramos ignorar el síndrome de la guerra del Golfo, los bombardeos masivos de la OTAN con uranio empobrecido en Yugoslavia y los riesgos derivados de la reparación del submarino atómico británico " Tireless " en Gibraltar, el caso Palomares no ha perdido, por desgracia, actualidad.

(Prólogo a *Palomares (Memoria)* de Isabel Álvarez de Toledo, Duquesa de Medina Sidonia,
Madrid, UNED, 2001)